

OPINIÓN

SILLÓN DE OREJAS

Negro como un falso máster

Por Manuel Rodríguez Rivero

1. Sabuesos

Últimamente no tengo muy buena suerte con las novelas policíacas —o “negras”, pónganles el marbete que deseen— que voy leyendo. A excepción de esa obra maestra que es *Cuando sale la reclusa* (Siruela), de Fred Vargas, que he vuelto a leer en castellano (a pesar de algunos problemas de traducción), empiezan a cansarme los últimos productos —y esta vez no voy a entremetarme el término— de autores cuyas novelas esperaba antes con impaciencia. Me ha

sucedido, por ejemplo, con *La tentación del perdón* (Seix Barral), de Donna Leon, y con *La pirámide de Jango* (Salamandra), de Andrea Camilleri, dos autores prolíficos de quienes he leído suficientes libros. Se trata de dos nuevos casos de los respectivos detectives Brunetti y Montalbano, y quizás ahí reside el problema. En estas “sagas” negras construidas parcialmente a partir de sabuesos que uno ya conoce demasiado, sus aventuras terminan por resultar monótonas, manieristas. Habría que ser un genio para superarse en cada entrega, y no siempre las expectativas están al nivel de los resultados. Desde que el estupendo escritor de Porto Empedocle publicó (1994) *La forma del agua* (Salamandra), Montalbano ha protagonizado más de 30 novelas y relatos. Y desde que Brunetti apareció en 1992 en *Muerte en La Fenice* (Seix Barral), la estadounidense Donna Leon ha publicado una larga veintena de sus “casos”. Lo mismo me estaba pasando con Bernie Gunther, el detective del recientemente fallecido Philip Kerr, cuyos típicos marlowianos ya resultaban excesivos —y casi caricatu-

Nicholson y Dunaway, en *Chinatown*.

rescos— después de las más de una docena de novelas por él protagonizadas desde que en 1989 apareció *Violetas de marzo* (RBA). Habría que ver (talentos narrativos de sus autores aparte) si detectives como Philip Marlowe (Chandler) habrían resistido tal sobreexposición sin cansar al respetable lectorado. En todo caso, si del nonagenario Camilleri ya no puede esperarse demasiado —bastante ha hecho ya—, la setentona Leon puede darnos aún agradables sorpresas: hasta Faulkner tiene mejores y peores novelas. Y respecto al malogrado Kerr, si echo la vista hacia atrás, su mejor novela me sigue pareciendo *Una investigación filosófica* (Anagrama), un *tecnó-thriller* apasionante en el que no aparece Gunther, pero por el que planea la sombra de Wittgenstein. Y no hay color.

2. Los Ángeles

En 1910, la industria del cine comenzó a asentarse sus estudios en Hollywood. Hacia 1920, más del 80% de la ya

EN POCAS PALABRAS

Ángel de la Calle
“El cómic sigue en el furgón de la infancia”

Hace 15 años se publicó el monumental *Modotti*, donde Ángel de la Calle (Molinillo de la Sierra, Salamanca, 1958) exhibía el poder del cómic para biografar el siglo XX. Ha vuelto a las andadas con *Pinturas de guerra* (Reino de Cordelia), retrato de una generación que perdió la revolución y el arte durante las dictaduras latinoamericanas, seleccionada para los premios del Salón del Cómic de Barcelona. Dolmen, además, redita estos días su biografía sobre Hugo Pratt.

Además de san Hugo Pratt, ¿tiene otros dioses? ¡Buf...! Crepax, Miller, Toppi, Caniff, Spiegelman, Prado...

¿Cuál fue la primera historietita que cayó en su mano en el pueblo donde nació? Unos cuadernillos de *El Cosaco Verde*. Un chico lo compraba y los escondía de sus padres, el mío los encontró y me los dio.

¿Mejor un buen guión o un buen dibujo? Para mirar, el dibujo; para leer, el guión. Los mejores son en los que te pierdes y no te haces esa pregunta.

¿Qué lee cuando no lee cómics? De todo. Ahora mismo los *Diarios* de Ricardo Piglia. Y el libro de entrevistas a Tardí de Numa Saul.

Escribe sobre Pratt, Modotti, pintores perseguidos... ¿La ficción pura no le interesa? Me interesa la vida como ficción. Y la ficción como parte de la vida. Y mezclar las dos cosas.

Cite la creación cultural que más le ha influido. *El séptimo sello*, de Bergman, que vi a los 15 años. Me dije, pues, oye, esto de contar historias puede tener más cosas detrás.

¿Faltan lectores y sobran editoriales? Faltan las dos cosas. Y es culpa nuestra. De los autores.

Si tuviera todo el presupuesto del mundo, ¿a quién pondría a debatir en la Semana Negra? A John le Carré, Paco I. Taibo II, Paul Auster y Fred Vargas.

¿El cómic empieza a estar socialmente sobrevalorado? Más bien, a la que nos descuidamos, seguimos en el furgón de cola de la infancia.

TRIBUNA LIBRE / BEATRIZ SARLO

Páginas decisivas

En estos días se conmemoran los 200 años del nacimiento de Marx. Nos separa un abismo de historia, varias guerras mundiales, la revolución rusa, la desaparición de la idea misma de revolución, el capitalismo chino, el imperialismo y la globalización. Sin embargo, a pesar de las críticas que economistas y teóricos han realizado a su obra durante este par de siglos, su lectura es una experiencia intelectual que no tiene que ver solamente con la bella complejidad del estilo ni con la lista de sucesivos influjos, polémicas y malentendidos.

Marx es una experiencia. Algo que los alemanes llaman *Erlebnis*, es decir: acontecimiento que afecta en profundidad al sujeto y se convierte, así, en parte de su vida. Esto sucede con los grandes escritores y filósofos, solamente con ellos. No es necesario seguir pensando que están en lo cierto ni que sus ideas son acertadas. Haberlos experimentado (*erleben*) se incorpora a nuestra vida con una fuerza tal que, aunque cambie nuestro pensamiento, continúa operando sobre nosotros la excepcionalidad. Voy a contar mi historia con el tomo 1 de *El capital*, leído en la traducción del exiliado español Wenceslao Rocco, publicada por Fondo de Cultura Económica en México. Mi *Erlebnis* sucedió en los años sesenta, cuando ya estaba en marcha la edición de Siglo XXI, a cargo de Pedro Scaron y traducción de León Manes, impulsada por José Aricó primero desde Buenos Aires, y luego desde el exilio en México. Antes, en los sesenta, había intentado infructuosamente con una síntesis, creo que de Paul Lafargue.

El primer obstáculo para la lectura de Marx era conseguirse el tomo primero de la edición de Fondo de Cultura, un libro que costaba muy caro para los recursos de una joven *free-lancer* porteña. El libro, de tapa dura, no estaba en las mesas de las librerías, sino en los estantes; por lo tanto (en caso de tomar la valerosa decisión), resultaba muy complicado llevarlo sin pagar, recurso que habría justificado teóricamente el anarquista Proudhon. Las páginas de esa edición eran de un papel muy fino, dificultad suplementaria para subrayarlas y escribir en los márgenes. Por lo tanto, un libro que se prestaba poco y nada.

Lo compré en sociedad con otro joven voluntarista, Carlos Altamirano; y tuve suerte porque su formación teórica era mejor que la mía. También poseíamos los tomos de Roman Rosdolsky, *Genesis e struttura del Capitale di Marx* (tapas blancas con guardas verdes, en la edición de Laterza, Bari). Yo leía a Rosdolsky en los buses, durante el primer año de la dictadura militar. No eran más arriesgados que los paquetes de folletos que

transportaba hacia la periferia industrial de Buenos Aires. Por otra parte, me parecía mejor aprender *El capital* que esos elementales panfletos repetitivos, que hubieran convertido mi lectura de Marx en algo aún más azaroso e improbable.

Era ignorante, pero tenía razón en persistir, porque algunas lecturas nos cambian para siempre, aunque después no sigamos suscribiendo lo aprendido. Nos cambian para siempre porque nos hacen pasar por una experiencia intelectual difícil. Muchas veces, mientras leía el capítulo primero de *El capital*, tuve la sensación de que los huesos de mi cráneo hacían ruido, en una especie de representación sonora de mi esfuerzo. Mi cabeza crujía como atravesada por un tornillo. Una experiencia extraordinaria porque yo, ingenuamente, quedaba convencida de que eran los ruidos de un aprendizaje.

Nunca nada me costó más que el capítulo primero sobre la mercancía. Marx lo había previsto, porque escribió en el prólogo: “Los comienzos son siempre difíciles y esto rige para todas las ciencias. La comprensión del primer capítulo, y en especial de la parte dedicada al análisis de la mercancía, presentará por tanto la dificultad mayor”. No estaba mintiendo. También ese primer capítulo tiene metáforas extraordinarias. Cito una: el valor de la mercancía es “un coágulo de trabajo humano indistinto”. Y, en medio de todas las dificultades, definiciones clarísimas: “Un objeto no puede tener valor sin ser útil”.

Después de ese primer capítulo, la acumulación originaria de *El capital* es un friso histórico, magistralmente escrito, que puede recorrerse sin los dolores de la iniciación: vemos a los campesinos despojados de los bosques y prados comunales, obligados a mudarse a las nuevas ciudades, donde se convertirán en obreros. Todo tiene un aire de novela realista, aunque Marx esté escribiendo historia.

En los apuntes que tomé de esta lectura reconozco mi letra que todavía lleva la marca de la escuela donde me la habían enseñado: redonda, achatada y vertical, la letra joven y disciplinada de alguien que sigue aprendiendo. Eso era, porque estaba convencida de que, si leía esa primera sección de *El capital*, algo definitivo iba a pasar conmigo y con mi ideología (en esa época no se decía imaginario).

Fue verdad. Algo pasó conmigo. Hice mi primera experiencia intelectual de máxima exigencia. Por primera vez, no era yo la que daba la vuelta a las páginas de un libro. Eran esas páginas las que me daban vuelta.

“Algunas lecturas como *El capital*, de Marx, nos cambian para siempre, aunque después no sigamos suscribiendo lo aprendido”

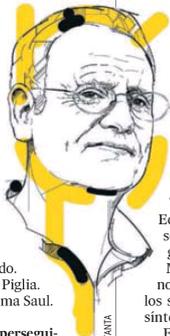


ILUSTRACIÓN DE SEYANTA